



Foto: J.L. Lecubarrri de Arri

Manuel Laínz, S.J.

PRESENTACIÓN

No sé quién decía que “el destino se ríe de las probabilidades”, y así es al menos en este caso; contra todo pronóstico, me corresponde el honor de presentar este volumen homenaje al Padre Manuel Laínz, S.J. Soy consciente de que la cuestión entraña un cierto riesgo, pero lo asumo con toda satisfacción, al reunir este tomo lo mejor de mucha gente: de los autores que han colaborado con sus artículos, de los editores que han trabajado a veces contra viento y marea, de los que lo han asesorado, fotocompuesto y corregido, de todos los que en suma, como en una obra coral, han puesto, sin ningún protagonismo, su esfuerzo y cariño para que este homenaje sea una realidad.

Hace tres años el Padre Laínz cumplía los setenta de edad y el Real Jardín Botánico decidió, con este motivo, dedicarle un volumen de sus *Anales*. Se encargó su edición a Javier Fernández Casas y a Félix Muñoz Garmendia, y Santiago Castroviejo, por entonces Director, escribió una carta a un buen número de botánicos invitándoles a participar. La respuesta fue masiva y el volumen echó a andar; fueron llegando los manuscritos y se comenzó a trabajar en ellos: recepción, cartas de aceptación, envío a los asesores, etc. A finales del pasado año, ante la imposibilidad de Fernández Casas de ocuparse de las labores de coedición, se hizo el encargo de la misma a Carlos Aedo Pérez, que junto a Muñoz Garmendia han llevado a buen término la empresa. Ha sido una gestación larga y lenta, pero creo que el resultado merece la pena, aunque éste sea un extemporáneo volumen al inicial pretexto del homenaje.

Si bien las dilaciones no son buenas, creo que, en esta ocasión, pueden sernos al menos útiles, al desenmascarar el pretexto y obligarnos a explicitar abiertamente el contexto y, lo que es más importante, la verdadera razón por la que surge, en el Real Jardín Botánico, la idea de publicar este volumen.

Se hace necesario remontarnos al año 1951 para dar con el punto de partida de la relación del homenajeado con este Jardín Botánico. Comienza ésta por correspondencia, la mantenida entre el Padre Laínz y Carlos Vicioso; dilatada “en el tiempo y en el espacio fue aquella”, según el mismo Laínz cuenta, y duró hasta 1967, un año antes de la muerte de don Carlos. Balguerías, Álvarez López, Elena Paunero, Jordán de Urríes, Emilio Guinea y Bellot, entre otros, marcan una serie de encuentros y desencuentros entre el homenajeado y esta Institución. Mediados los setenta, entra el Jardín en una nueva etapa con la que se inicia el paulatino acercamiento que, a finales de la década, se torna en una recíproca colaboración que aún perdura. En el volumen 36, con el que esta revista cambió de formato y de nombre –pasó a llamarse, de nuevo, *Anales del Jardín Botánico de Madrid* y abandonó el de *Anales del Instituto Botánico A. J. Cavanilles*–, Manuel Laínz formó ya parte del comité editorial de la misma. Desde entonces viene, ininterrumpidamente, trabajando en labores de edición. Entre los años 81 y 87, ambos inclusive, en que directamente me ocupé de su redacción, tuve la inmensa fortuna de compartir con él los quehaceres de la revista y he de confesar abiertamente que ésa fue una de las fases más formativas de mi vida. Aprendí, así,

cosas elementales, y otras no tanto, relacionadas con el lenguaje y su uso; como secuela de esa época me ha quedado una manía, casi enfermiza, a determinadas expresiones muy en boga, de entre las que destacaré, sobre todas las demás, aquella de “*en base a*”. Cuando comienza su andadura el proyecto “Flora ibérica”, colabora en su gestación y posterior puesta en marcha; trabaja después en su consolidación. Aún ahora, incluso después de su jubilación, sigue colaborando activamente en la redacción y edición de algunos de los géneros.

Creo que se impondría aquí hacer una valoración, bien hecha, de las aportaciones del Padre Lainz a la botánica ibérica. Afortunadamente, Carlos Aedo y Félix Muñoz Garmendia me han librado del esfuerzo de recopilar su obra botánica, que, unida a la de materias afines, abre el volumen tras esta presentación. Los trabajos florísticos, que abarcan desde el País Vasco a Portugal, con la frontera meridional por Salamanca y alguna incursión reciente en los Pirineos, componen el grueso de su producción. Figuras como las de Merino, Leroy, Gandoger, Lagasca, Font Quer, Pourret y los duendes de su herbario o la relación epistolar de Pau con Merino o con Francisco de Paula Jiménez Munuera son algunas de sus aportaciones en el campo de la historiografía. Pero quizá lo más peculiar de su obra sea el sinfín de aportaciones a la corología, nomenclatura y taxonomía de un buen ramillete de plantas, la mayoría procedentes del norte peninsular y, más recientemente, de toda la Península, al ampliar su área de estudio como consecuencia de su trabajo en “Flora ibérica”. No puedo tampoco olvidar, en este resumen de materias, su continua preocupación por el uso adecuado del lenguaje y la correcta aplicación de los términos botánicos. “Rectificando, que es gerundio” o “Font Quer, benemérito de la terminología botánica” son solo dos ejemplos, elegidos únicamente por lo elocuente de los títulos, de su personal cruzada contra la heterodoxia lingüística.

Pero su labor no se reduce solo a la obra publicada; una buena parte de su aportación a la botánica ibérica proviene de su ejemplo. Botánico honesto, riguroso, metódico y fiel a sus principios, ha luchado mucho, no solo por el fondo, sino también por la forma de una disciplina con una larga tradición en nuestro país, pero que, en demasiadas ocasiones, ha descuidado el gusto por el trabajo bien hecho. Los que le conocemos, sabemos de su machacona insistencia en la necesidad de “*beber en las fuentes y no en los charcos*”, como le gusta decir; de su obstinada costumbre de comprobar todos y cada uno de los datos, aunque para ello tenga que viajar dos mil kilómetros, y no caer así en los “*errores estoloníferos*” tan al uso, según su opinión; del esmero en sus herborizaciones, pulcritud de sus etiquetas y preparación de sus pliegos que convierten su herbario en una de esas joyas que calladamente todos codiciamos; de su patológica aversión a “*las patadas al diccionario*”; de su depurado lenguaje y gusto por la enmienda de los deslices semánticos que, con demasiada frecuencia, cometemos.

Dejo, deliberadamente, para el final esa cualidad, la de la fidelidad a los principios e independencia de criterio, que siempre recalca la calidad del investigador y que, en este caso, como ya sucediera con Asso, Cadevall, Loscos, Merino, Pau y otros, le ha llevado a recorrer, muchas veces en solitario, el camino y los caminos.

Inquisidor para unos, maestro para otros, indiferente para nadie, ésta es la personalidad del Padre Lainz, a quien rendimos homenaje con este volumen extraordinario de los *Anales*, para el que no se necesita pretexto: tenemos el contexto y mil razones más.

Junio, 1996
M. Teresa TELLERÍA
Directora